

H
230
R454r

Teológica

ISSN: 1659-0686

Taller de Teología:
Lenguajes Teológicos Alternativos

Volumen 1. Números 2 y 3, 2004

BÚSQUEDA DE LA PAZ Y TRADICIÓN CRISTIANA

Francisco Mena

Introducción

¿Es posible que los cristianismos actuales colaboren realmente con el fin de construir la paz? Para procurar algunas orientaciones en este sentido es necesario apuntar a los elementos constitutivos de la institucionalidad cristiana. El camino a seguir, según mi criterio, requiere comprender el lenguaje propio de los cristianismos y en particular aquel, que viene de la Iglesia Católica. Esta, por su impacto histórico en América Latina, tiene una responsabilidad particular en la conformación de las relaciones sociales.

Entonces, entendemos cristianismo, aquí, como la dinámica de un espacio institucional específico que a lo largo de los siglos, ha logrado articular una estructura simbólica coherente, un lenguaje, que da a luz su ser y su quehacer. Dicho lenguaje lo alimenta y promueve un proceso continuo de autorreforzamiento. Así, por ejemplo, la persona que se confiesa con un sacerdote y se siente libre para tomar luego la eucaristía, participa en dicho proceso hasta validar, en su totalidad, a la misma Iglesia, aunque no entienda de teología o de dogmas o de historia, aunque no sepa el catecismo. La Santa Madre Iglesia le ha parido y le ha definido una agenda para la vida. En su hacer como persona, según las reglas de tal sintaxis, la cuida y la protege. Perdona sus faltas y apoya, en principio, sus actos.

El lenguaje, lo entiendo como un sistema abierto de valores, símbolos, rituales, prácticas, creencias, articulados en un todo coherente que se hace concreto en el diario vivir. Es

el ser de las cosas. Permite la comunicación y el sentimiento de unidad de grupo. Punto de referencia necesario para comprenderse en el mundo, habitarlo y sobrevivir. Construye comunidad y da seguridad en el presente y perspectivas de futuro.

Es, necesariamente abierto, porque trasciende la estructura de una institución para enlazarse con los demás componentes de la realidad social. Así, el ser humano puede interactuar con su entorno con propiedad y sentido. El lenguaje cristiano institucional aporta los elementos necesarios para transitar el camino de la vida. Establece los límites de lo posible y lo imposible, lo verdadero y lo falso, lo real y lo ficticio. Los componentes fundantes del lenguaje cristiano
Dicho esto, podemos establecer los componentes constitutivos del lenguaje eclesiástico, entender su dinámica y proyectar las posibilidades de acción. Tres son estos componentes nucleares que se entrelazan y generan sentido: Sacrificio, Jerarquía y Verdad Absoluta y Trascendente.

a. El Sacrificio

La constitución de lo cristiano, tal y como lo conocemos hoy, se fundamenta en la muerte del judío galileo llamado Jesús de Nazareth. Desde esta perspectiva, fue un sacrificio necesario, inevitable, y redentor. La entrega voluntaria de su vida es, sin más, la única posibilidad de acceder a la divinidad. Esta no aceptó a Isaac sosteniendo la mano de Abraham (como lo dibuja la tradición cristiana), pero requiere de sangre pura para limpiar aquello que, la humanidad, en el relato originario de Génesis 3 destruyó de manera total: la confianza en la bondad del ser humano.

Jesús, a la vez, no es un varón solamente, es Dios mismo. Conformado por una genética diferente a la nuestra, fue engendrado por la fusión del esperma divino y del óvulo humano. Su vida no es tan importante como su esencia dual y espectacular. Ninguna persona de “pura raza” podía lidiar con la tarea de la reconciliación entre la divinidad y la humanidad.

La doble naturaleza, como rezan los credos de Nicea y Calcedonia, es lo que habilita que, esa entrega voluntaria y especial, dé resultados positivos. Jesús de Nazareth, como se conocía aquella persona (que pudo ser de Cafarnaún), asumió la misión de crear un puente entre el abismo generado por el pecado.

De este modo, brutalmente violento, surge el nuevo semen originario para una nueva humanidad. La divinidad necesitaba la sangre de alguien único, y, al no encontrarla, se “encarnó” para ser sacrificado en la cruz y limpiar el pecado que, originariamente, abrió paso a la muerte para que esta se adueñara del mundo.

El sacrificio de Cristo es el núcleo fundamental de la tradición cristiana. Ella nace de este acto propiciatorio y toma de allí su estructura y poder.

b. La Jerarquía

“Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16.18). Jesús pregunta sobre su identidad a los discípulos: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?” Pedro, uno de los discípulos, en un arrebato, probablemente extático, “descubre” que se trata del Cristo, el Hijo del Dios viviente. Jesús le alaba con las palabras que abren este párrafo y le indica que aquello que ha dicho no viene de los seres humanos (ni de carne ni de sangre) sino del Padre que está en los cielos.

Inmediatamente, Jesús habla sobre su muerte y Pedro, lo toma aparte y le regaña indicándole que nada de esto debe pasarle. La alabanza se torna en ruptura: “Apártate de mí Satanás”.

Pese a todo, la Iglesia ha construido a partir de Mt 16.18 el principio de su estructura jerárquica. Así, de discípulo pasa a ser el primer Papa. Pedro entiende sin más. Acepta aún sin comprender que la muerte de Jesús es una necesidad y que su propio futuro depende de esta. Se equivoca aún en los momentos cruciales de la captura, interrogatorio, tortura y asesinato de Jesús. Pero recapacita y llora amargamente arrepentido de sus actos (Mt 26.75). Con este giro, se elimina

la ambigüedad de Mateo 16 y Pedro pasa de ser Satanás a ser nuevamente la Roca firme sobre la que se construye la Iglesia y su estructura.

Pedro es la Roca sobre la cual se levanta la jerarquía Católica. La jerarquía es valorada, también, como entrega sacrificial. Quién recibe tal poder, descomunal si se quiere, se sacrifica al poder mismo que ha recibido y así lo transmite de unos a otros, de modo que se puede identificar la cadena papal desde Pedro hasta Juan Pablo II. El Papa es el vicario de Cristo, lleva la cruz sobre sus hombros, él también está crucificado con Cristo de un modo único y especial. Él es Cristo, lo mismo que los otros miembros de la jerarquía. Se logra, de este modo, la consagración del Poder, poder divino, herencia y sucesión exclusivas.

c. La Verdad Absoluta y Trascendente

El Poder recibido y transmitido es fruto de la revelación particular de la divinidad a un grupo de varones. Este la debe guardar en el sentido, no de ocultar, sino de cultivar y expandir. La Verdad se constituye en teología, reflexión de la experiencia de fe y luego se “encarna” en los Credos, los que a su vez se transmutan en dogmas, y estos se sistematizan en el Catecismo. Orden absoluto redentor del Caos.

El concepto de revelación es, quizá, el punto climático del cristianismo. En ella encuentra su fuerza y sentido. Reasume, una y otra vez el Poder diferido de la divinidad, masculina por cierto. Jesús fue varón, o mejor dicho, la divinidad se hace humana en la masculinidad patriarcal. Así quienes han sido investidos con este Poder especial donado por la divinidad son varones todos; ellos son protectores de la Verdad última y son también enviados a esparcirla.

Pero ¿cuál es esta Verdad que se protege y se esparce? Se trata de que la divinidad se manifiesta en la muerte y resurrección de Jesús y que este hecho insólito nos permite alcanzar la salvación, es decir, la superación de la muerte. De aquí en adelante el lenguaje toma cursos complejos. Se deben

incluir elementos extraños como la gracia, la misericordia, la fraternidad, la pluralidad. Por eso, es necesario eliminar toda ambigüedad de modo que la coherencia divina permanezca inviolada. Indica cuál es la relación justa entre sacrificio y gracia, entre don y obediencia, entre unidad en la fe y pluralidad religiosa y cultural. La Iglesia se transforma en Maestra. Enseña a los ignorantes, convierte a los incrédulos, orienta a la sociedad para que esta se construya según la voluntad y deseo de un constructo denominado “Dios”. Ella es la Verdad. Portadora de una tarea divina definitiva y con la autoridad para imponerse. Ella y solo Ella puede, por la mediación de la revelación, indicar el camino a seguir.

Si uno es creyente cristiano tiene, en estos tres elementos, el núcleo de la fe. Si uno no es creyente, entonces, también está referido a estos elementos. Se asume el mismo lenguaje tanto para aceptar a contrapelo de la realidad, como para criticar su validez. Este es el juego. Son las mismas fichas. Tarde o temprano cualquiera debe hacer frente, dentro del terreno propuesto, a las discusiones fundamentales de nuestra sociedad. Así, desde la sexualidad hasta la muerte, son espacios en donde la Iglesia indica el camino de la Verdad y apertrechada allí, discute, reclama, define y defiende el orden de las cosas. La complejidad del lenguaje cristiano y cómo evitarla

Decíamos antes que el lenguaje cristiano de los textos bíblicos toma senderos complejos. No hay linealidad en ellos. No existe un progreso sistemático de revelación. Al contrario, la Biblia muestra una gran gama de valores y de propuestas “teológicas”. Un elemento, sin embargo, que emerge siempre, pero de distintas formas no necesariamente conciliables, es el cuidado por las personas excluidas y la valoración de la vida humana en su pluralidad. Esto es importante porque no es sencillo organizar, de forma coherente, cómo una divinidad que requiere la muerte violenta de una persona justa, su propio hijo, puede expresarse en la ternura y la gratuidad. Para alcanzar este reto se debe recurrir a eliminar la complejidad de la experiencia humana, fundamentalmente compleja.

Un ejemplo de tal complejidad es la gracia. La gracia es el eje del evangelio y un principio fundamental de la fe. Es decir, que la divinidad, según las Escrituras Sagradas del cristianismo se vuelca de forma gratuita hacia los seres humanos y se identifica con los pecadores y pecadoras sin pedir nada a cambio. Parábolas como la denominada “El hijo pródigo” en Lucas 15 muestran a un Padre que independientemente de lo que haya hecho su hijo menor, al verle, olvida todo y corre a abrazarle y besarle, le devuelve la dignidad y no permite la confesión que este traía preparada. Queda, muy mal parado, el hermano mayor, memoria de los errores del pequeño, disciplina férrea e indiscutible obediencia. Este último no sabe perdonar como el Padre. El Padre dice “Este es mi hijo que estaba muerto y ha vuelto a la vida”. Eso es todo lo que le importa. Pero el hermano mayor no puede celebrar este hecho, pues él, se ha sacrificado, nunca ha faltado en nada al Padre, y por esto reclama el derecho de mantener muerto a su hermano.

El lenguaje de la gracia supera el del sacrificio, destroza la estructura jerárquica y solo reconoce la verdad del valor mismo de la vida. La vida es lo esencial. Pero, la gracia, por todo lo anterior, supone un elemento de complejidad que no permite la certeza del orden. El orden se sostiene únicamente si las reglas del juego están claras y definidas. No puede permitirse el lujo de dudar de sí mismo. La duda, se indica, va contra la fe misma. Porque al final de cuentas qué es la fe sino la obediencia a la revelación y, ¿cómo cabría la duda y el cuestionamiento de una Verdad tan profunda que ha sido entregada, directamente por Dios, a la Iglesia?

Con todo, la gracia es asumida y vivida dentro del lenguaje institucional con precisión. Se trata de los sacramentos. En especial el de la eucaristía. Este es un don, signo de la gratuidad de Dios. Dado a través del ministro ordenado por su Obispo, que a su vez es ordenado por el Papa. La gracia se subsume dentro de la jerarquía y, en el fondo, es este Poder, el que posibilita la transubstanciación. Es decir, que el pan deje de ser pan para transformarse en el cuerpo real de Cristo, y que el vino deje de ser vino para constituirse en su sangre.

Exclusivamente el sacerdote puede consagrar los elementos; sin este personaje la gracia deja de existir.

Las cosas vuelven a su sitio y el orden del mundo vuelve a reestablecerse. El Padre que abraza es el sacerdote quien recibe al pecador perdonado por medio del sacramento de la confesión y le hace partícipe, una vez en comunión, del banquete eucarístico. Se anula el elemento subversivo de la gracia y esta pasa a formar parte de la estructura sacramental de la Iglesia sustentada en el principio jerárquico.

El esfuerzo de la teología durante siglos ha sido explicar y resolver la complejidad de modo que se mantenga el principio del orden como fundamento de la fe. Los elementos complejos y críticos de las escrituras cristianas se resuelven en la coherencia del dogma. La teología ha sido, básicamente, sistematización y organización dogmática de la estructura de la Iglesia.

En este sentido se requiere la formulación de un nuevo lenguaje que genere complejidad y asuma la dura experiencia de vivir. Quizá por eso, libros como el Apocalipsis, en su dramática plasticidad no han sido realmente asumidos como lo que son: reserva simbólica generadora de caos.

Búsqueda de la paz y tradición cristiana

El lenguaje cristiano institucional cuyo núcleo hemos resumido en tres elementos: Sacrificio, Jerarquía y Verdad Absoluta y Trascendente, es excluyente y represivo. No hay lugar para integrar la complejidad, todo lo contrario, este genera orden. Así lo indica la Declaración Dominus Iesus, presentada por el Cardenal Joseph Ratzinger de la Congregación para la Doctrina de la Fe el 6 de agosto del año 2000, en su artículo 17:

17. Existe, por lo tanto, una única Iglesia de Cristo, que subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el Sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él.[58]

Las Iglesias que no están en perfecta comunión con la Iglesia católica pero se mantienen unidas a ella por medio de vínculos estrechísimos como la sucesión apostólica y la Eucaristía válidamente consagrada, son verdaderas iglesias particulares.[59] Por eso, también en estas Iglesias está presente y operante la Iglesia de Cristo, si bien falte la plena comunión con la Iglesia católica al rehusar la doctrina católica del Primado, que por voluntad de Dios posee y ejercita objetivamente sobre toda la Iglesia el Obispo de Roma.[60]

Por el contrario, las Comunidades eclesiales que no han conservado el Episcopado válido y la genuina e íntegra sustancia del misterio eucarístico,[61] no son Iglesia men sentido propio; sin embargo, los bautizados en estas Comunidades, por el Bautismo han sido incorporados a Cristo y, por lo tanto, están en una cierta comunión, si bien imperfecta, con la Iglesia.[62] En efecto, el Bautismo en sí tiende al completo desarrollo de la vida en Cristo mediante la íntegra profesión de fe, la Eucaristía y la plena comunión en la Iglesia.[63]

No obstante lo anterior, el Papa Juan Pablo II envía una carta de apoyo a la Conferencia mundial sobre la religión y la paz, y dice:

La Iglesia Católica sigue con gran interés la obra de reconciliación realizada por la Conferencia mundial sobre la religión y la paz en muchas partes del mundo. Promover el diálogo significa crear vínculos de amistad entre los pueblos. Significa establecer nuevas relaciones entre los grupos, y enseñar la comprensión y el respeto entre los seguidores de las diversas tradiciones religiosas¹. Frente a los urgentes problemas de la actual sociedad global, todas las religiones deben sentirse llamadas a

¹ Mensaje del Papa Juan Pablo II a la Conferencia Mundial sobre la Religión y la Paz, 1 de noviembre del 2000.

renovar sus esfuerzos de cooperación para promover la vida humana y su dignidad, defender la familia, aliviar la pobreza, fomentar la justicia, y ayudar a preservar el ecosistema de nuestra tierra. Conviene tener muy presentes las palabras del Mensaje de los participantes en la asamblea interreligiosa que se celebró en el Vaticano en octubre de 1999: “La colaboración entre las diversas religiones debe fundarse en el rechazo del fanatismo, del extremismo y de los antagonismos recíprocos, que llevan a la violencia. Todos somos conscientes de la importancia de la instrucción como medio para promover la comprensión mutua, la cooperación y el respeto” (L’Osservatore Romano, edición en lengua española, 5 de noviembre de 1999, p. 7)².

Como contraparte de lo anterior, en Costa Rica, la Universidad Nacional, por medio de la Escuela Ecuménica de Ciencias de la Religión, imparte la Carrera de Bachillerato en Enseñanza de la Religión, debidamente aprobada por Consejo Nacional de Rectores (CONARE). Esta misma carrera se imparte, con el Plan de Estudios aprobado y bajo la dirección de esta Escuela, en la Universidad Estatal a Distancia (UNED). Los estudiantes avanzados o graduados de dicho Plan no pueden enseñar en ninguna Escuela o Colegio Públicos. Esto porque el artículo 34 del Reglamento a la Ley de Carrera Docente indica que “Para la selección del personal dedicado a la educación Religiosa, será requisito indispensable la autorización previa que extenderá la Conferencia Episcopal de Costa Rica”. Esta autorización se denomina “Missio Canónica”.

El artículo 13 del REGLAMENTO SOBRE EL OTORGAMIENTO Y LA REVOCATORIA DE LA “MISSIO CANÓNICA” dice textualmente:

Los títulos presentados por los solicitantes de la “Missio Canónica”, deben ser expedidos por un Centro de Educación Superior debidamente autorizado por la Conferencia

² Ídem

Episcopal: Universidad Católica de Costa Rica Anselmo Llorente y Lafuente y otras universidades aprobadas por la Conferencia Episcopal.

Este año la Conferencia Episcopal envió un memorando a sus Asesores en todo el país indicando que ninguna persona con estudios de una institución diferente a la Universidad Católica podrá ser nombrado/a, ni siquiera de forma interina, como docente en Educación Religiosa. Algunos de nuestros estudiantes han empezado a llevar cursos en la U. Católica para poder ser nombrados el año 2004.

En una carta que el Presidente de la Conferencia Episcopal de Costa Rica dirige al Máster Gerardo Esquivel Monge, Director de la Escuela de Ciencias Sociales y Humanidades de la UNED, con fecha 17 de noviembre del 2002, en respuesta a la solicitud formal que este hiciera a esa instancia para que reconociera como válido el Plan de Estudios conducente a obtener el título de Bachillerato en Enseñanza de la Religión (Plan que ya indicamos es de la EECR de la UNA), Monseñor Francisco Ulloa la deniega indicando en el Por tanto 3:

La Conferencia Episcopal de Costa Rica creó la Universidad Católica de Costa Rica...como centro especializado en la formación de docentes de Educación Religiosa para asegurarse el completo control del desarrollo de los programas de formación de los maestros de Educación Religiosa, aspecto sobre el cual no puede incidir en otras universidades estatales o privadas por la jurisdicción y autonomía propias de estas.

Es claro que se impone el lenguaje institucional de la Iglesia. Quien no lo comparta de forma plena no es apto para enseñar religión. La cuestión de fondo es simple ¿colabora esta actitud en el desarrollo del respeto a la diversidad, a la convivencia en sociedades plurales, a la construcción de la paz?

Mi planteamiento desde el inicio es que, la tradición cristiana institucional, por la estructura de su lenguaje, no puede

apoyar, realmente, procesos de paz, en tanto estos procesos buscarían educar a las personas para vivir en condiciones de respeto a la diversidad y el pluralismo, principios estos, que riñen claramente con los fundamentos del Poder eclesiástico. Volviendo a la parábola del evangelio de Lucas: ¿Podrá el Padre abrazar gratuitamente al hijo sin considerar el riesgo que esto implica para su propio estatus y la continuidad de su poder?

Por eso, se impone el punto de vista del hermano mayor: el hermano menor debe permanecer muerto, o vivo pero callado, mudo, castigado. En ese sentido, solo la victimización del otro posibilitará la sostenibilidad del poder del Padre y la validez de la existencia del hermano mayor. Si un discurso, de algún modo, valida la pérdida de vidas o el silencio y la exclusión del otro, como una necesidad para la salvación de la totalidad, entonces, ¿cómo puede tal discurso promover la paz? Nuevos caminos: a modo de conclusión

La Escuela Ecuménica ha dedicado los últimos diez años a crear las condiciones para generar un lenguaje que se alimente de la complejidad. Este esfuerzo nos ha llevado a desvalorizar el lenguaje teológico institucional, que, dicho sea de paso, no es solo de la Iglesia Católica, sino que conforma la estructura misma de los cristianismos hoy.

Pero vivenciar académicamente otro lenguaje no es cosa fácil. Hemos tenido que recurrir a la producción de disciplinas tan dispares a la teología tradicional como la psiquiatría, la antropología cultural, la física, la medicina, la biología, el arte y aún continuamos buscando fuentes de alimentación. Lo que si está claro es que el objeto de la teología no puede ser describir o explicar el orden querido por Dios y sus planes para el mundo. Al contrario la teología debe volverse al ser humano como parte de la trama de la vida, en su fragilidad, dinámica y orientación al caos.

Este último punto es el más denso, pues los seres humanos recurrimos al orden como un espacio salvífico. Sin embargo, las ciencias de la complejidad y una de sus vertientes,

conocida informalmente como Teoría del Caos, nos indica que los elementos más simples de un sistema pueden generar tales niveles de complejidad que hacen de la imprevisibilidad un valor fundamental para la vida.

Así, la Verdad Absoluta dada en la Revelación que es el centro de la tradición cristiana como la conocemos hoy, es una imposibilidad no para las personas ateas, sino para la constitución misma de la fe. La fe es la valoración de la vida como un don. No es una adhesión a una estructura dogmática o una creencia. La fe solo puede expresar esta percepción profunda de la vida a través de metáforas y símbolos. Difícilmente podemos comunicarnos con estructuras que validan con medios trascendentes su existencia. Toda institución es puramente humana y reproduce la ambigua interacción entre la gracia y la retribución.

Más allá de ver en la Biblia un libro sagrado por su inspiración divina, entendemos que esta es sagrada por narrarnos tramos del peregrinaje humano en sus anhelos y desencantos, alegrías y sufrimientos. No podemos normar nuestra vida con la Biblia pero si podemos crear, con ella, como texto fundante de nuestra tradición, nuevas metáforas que recuperen la pluralidad y la diversidad.

La recuperación y producción de este tipo de lenguaje que, ha sido marginado de la tradición cristiana institucional, es una necesidad si queremos aceptar la responsabilidad de una sociedad para la paz. La tarea es ardua pero los primeros frutos se empiezan a ver ya en las aulas, foros y publicaciones de la Escuela EcuMénica y, poco a poco, nuestros estudiantes van formando comunidades con lenguajes más ricos y complejos. No esperamos cambios a corto plazo, sí esperamos una reacción cada vez más violenta y visceral de la Iglesia Católica y de otros grupos fundamentalistas. Pero, la Escuela en su compromiso humano al ser parte de una Universidad Pública es responsable, en el horizonte de la sociedad costarricense, a dar los pasos necesarios para producir, desde su quehacer académico, los aportes necesarios para apoyar la construcción de una sociedad para la paz.



Impreso por el Programa de Publicaciones e Impresiones de la Universidad Nacional, en el mes de enero del 2005.

La edición consta de 500 ejemplares,
en papel bond y cartulina barnizable.

1004-4—P.UNA